



REVISTA DE INSTRUCCIÓN, MORAL Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

Año V.

Madrid 15 de Noviembre de 1882

Núm. 98

## SUMARIO

I. La limosna del rico. — II. El ejemplo. — III. La fe y la razón. — IV. Episodios bíblicos. — V. Explicación del grabado. — VI. Santa Teresa de Jesús, poesía. — VII. Cartas á una niña. — VIII. Al ruiñeñor, poesía. — IX. Combate y victoria, poesía. — X. Iconología Cristiana y universal.

### LA LIMOSNA DEL RICO

**N**OSOTROS, hermosos niños, los hijos de los favorecidos por la fortuna, dad lo supérfluo al pobre, pero dársele con vuestra propia mano y de un modo positivo, práctico, de resultado inmediato para el menesteroso, que al recoger el óbolo, conque vuestra liberalidad le favorezca, bendiga la mano pródiga que le libra de la miseria y tal vez le arranca de los brazos de la muerte al hijo enfermo, que sobre un pedazo de estera, envuelto en pobres trapos va á exhalar el último suspiro, estenuado de hambre y aterido de frío, que penetra imperceptible por los agujeros y grietas del techo y paredones de una desvencijada boardilla, deshabitada y falta de todas las condiciones higiénicas necesarias para la vida.

Destinais mil duros para la beneficencia; pues en vez de repartirlos en otros tantos necesitados, á quien sólo toca cinco pesetas, buscad al obrero, dar cima á sus proyectos, establecerle ó ayudarle á establecer un taller, una fábrica, una industria y entre lágrimas de entusiasmo y alegría, veréis que él y su familia os bendice y enseña á sus hijos á mezclar vuestro nombre en sus oraciones, que como nubes de incienso, subirán al cielo para que de él descendán sobre vosotros toda clase de felicidades. Que el modo de emplear también vuestros bienes, sea humilde, modesto, sin que la pomposa noticia de los periódicos haga pública una obra meritoria siempre; pero más, mucho más, cuando sólo el que la hace y el que la recibe la saben, y Dios desde las etéreas regiones la contempla.

Acudid, solícitos y presurosos al llamamiento de la desgracia, que cuanto más alta sea vuestra posición social, más virtuosa será la acción de ir al socorro de los desheredados; que Dios con ser Dios, también se impuso el sacrificio de su sangre, para la redención de todos.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

### EL EJEMPLO



A infancia es el crepúsculo de la vida, de la misma manera que la ancianidad es el crepúsculo de la muerte.

Una aurora plácida y serena es el preludio de un día esplendoroso y magnífico; una postura del sol triste y nebulosa es el presagio de una noche sombría.

Cuando un niño es obediente, dócil y bien educado, adivinamos en él á un hombre de honor, tal como debe entenderse esta palabra; y es muy posible que al apagarse el último destello de su segundo crepúsculo; al extinguirse con la muerte su último suspiro, vuele su alma pura á las regiones eternas con el placer del esclavo que rompe la cadena que le sujeta.

La mayor parte de los grandes criminales han lanzado una acusación terrible á los autores de sus días en el momento supremo de expiar sus delitos, con estas ó parecidas palabras: *Si mis padres hubieran castigado mis primeras faltas, no me vería en este doloroso trance... ¡Madres, cuidad de vuestros hijos!*

No creemos que haya en el mundo nada que pueda compararse con el remordimiento que experimentarán esos padres.

Sabido es que cuando el árbol tiene todavía el tronco delgado y flexible, puede subir con



facilidad derecho y airoso, si una mano hábil y previsora le dirige de modo que no le afeen en el día de mañana monstruosas tortuosidades. Y no es menos sabido que si con éstas se ha dejado crecer abandonado, ya no es fácil, antes bien es imposible, corregirlas cuando los años han endurecido sus fibras y empobrecido su savia.

Estas ideas, que no por ser vulgares son menos exactas, se ocurren en forma de fábula ó apólogo á la mente de toda persona pensadora, siempre que repara en la crisis por que atraviesan los niños al despuntar los primeros albores de la adolescencia.

En ninguna época de la vida como en esta requiere tan solícitos cuidados de los superiores, porque en ella se transforman los sentimientos, se desarrollan las inclinaciones, se dibujan los caracteres que en lo futuro han de singularizar al hombre y á la mujer.

Por eso es tan necesario que los padres eduquen á la niñez con el ejemplo, no sea que les ocurra lo que nuestro gran fabulista Samaniego refiere en su preciosa fábula *Los Cangrejos*, en que los padres de aquellos animales aconsejan á sus hijos con serias y profundas razones que anden hacia adelante, mientras ellos seguían caminando hacia atrás.

Hé aquí cómo se expresa el insigne fabulista;

“ Pasito á paso, al modo que podían,  
Ellos obedecían;  
Pero al ver á sus madres que marchaban  
Al revés de lo que ellas enseñaban,  
Olvidando los nuevos documentos,  
Imitaban sus pasos más contentos.  
Repetían las madres sus lecciones,  
Mas no bastaban teóricas razones,  
Porque obraba en los jóvenes cangrejos  
Solo un ejemplo más que mil consejos.”

Preciso es reconocer que no les faltaba lógica para obrar de aquella manera. Figuráos cómo se quedarían de avergonzados y corridos aquellos buenos cangrejos, que se olvidaban del *ejemplo* para educar á su familia.

Los niños observan nuestras acciones y escuchan nuestras palabras con mucho más cuidado que nuestros preceptos y consejos; el buen ejemplo puede más en ellos que una corrección y un castigo.

Por eso es necesario que los primeros pasos que den en el camino de la vida vayan enderezados por buenos senderos; por aquellos que la Providencia en sus profundos arcanos ha trazado á cada individuo, para que, marchando libremente por ellos, pueda llegar al término de su carrera.

Cualidades laudables y defectos dignos de censura apuntan al anunciarse la adolescencia, si bien por la naturaleza distinta del hombre y de la mujer, por la preponderancia que en los unos augura la cabeza y en las otras la sensibilidad, son en diverso grado perceptibles los indicados defectos y cualidades. No por eso dejan de ser de análoga trascendencia. Revela el niño los gérmenes de la ambición, del valor personal, del egoísmo, de la insubordinación, de la laboriosidad ó de la pereza: deja entrever la niña los orígenes de la frivolidad, del pudor, de la coquetería, de la modestia, de la vanidad ó del sacrificio, y es menester que la mano de los padres ó de aquellos que los re-

presenten en la tierra, al encontrarse mezclados el buen grano y la zizania en el delicado corazón de los pequeños, sepa arrancar ésta para que aquél produzca y rinda ciento por uno. No ejecutarlo así es hacerse de antemano responsables de los frutos malos que den la inteligencia y el corazón de los adolescentes y de los buenos que dejen de dar.

Deber es, pues, de los padres no hacer, decir ni pensar nada vituperable delante de sus hijos, por miedo de que adivinen el pensamiento.

El mal ejemplo cunde como la espuma, y la madre que procura evitarle tiene mucho adelantado en el camino de su propia perfección.

¡ Cuántas hay que deben á la educación de sus hijos la modificación de sus costumbres ó la rehabilitación completa de anteriores faltas!

La esposa debe acostumbrarse á considerar el hogar doméstico como el santuario en donde se rinde culto á la felicidad y á la armonía conyugal; pero la madre necesita el apoyo de todas las virtudes para evitar en lo posible que sus hijos incurran en alguno de los vicios.

Las mentiras leves que empiezan á empañar la sinceridad en los labios infantiles, y que con sobrada ligereza son calificadas de *inocentes* y *sin malicia*, pueden llegar á dar frutos muy amargos. Con demasiada frecuencia suelen los criados enseñar á mentir á los niños, para eludir alguna reprensión de sus amos; y como la niñez hace sus aplicaciones instintivas, de aquí el que procuren ocultar la verdad cuando se trata de algún pecadillo propio, por temor del castigo.

Aconsejamos, pues, á las madres que perdonen siempre á sus hijos cuando les hagan la confesión de sus pequeñas faltas, que deben reconvenir con la sonrisa en los labios, demostrándoles, por el contrario, su enojo, si en ellos descubren la doblez y el disimulo.

Las mentirillas de los niños suelen ser mentiras que no tienen al parecer transcendencia; pero sí la tienen, y muy grande; como que sirven para que los niños se habitúen á fingir, á ser hipócritas, chismosos y hasta calumniadores, y una vez adquirida esta fatal costumbre, no se desecha fácilmente, y el niño, hombre ya, sigue mintiendo, por lo que se hace acreedor al desprecio de las personas sensatas.

Una mentira puede ocasionar enemistades y desgracias. El hombre embustero es un peligro para la sociedad; nadie puede tener en él confianza y nadie le estima, siendo él el primero que no se estima, el primero que rebaja su dignidad.

A vosotras, tiernas y amorosas madres, cuyas delicias están cifradas en el cariño que profesáis á vuestros hijos; á vosotras, que al agitarse por primera vez en vuestro seno un sér, carne de vuestra carne y sangre de vuestra sangre, sentís brotar en vuestra alma un amor nuevo, más grande, más santo y más puro que todos los amores; á vosotras, en fin, á quienes ese amor hace aparecer rodeadas de la brillante aureola que os santifica en el hogar doméstico; á vosotras principalmente os está encomendada la misión de evitar dar mal ejemplo á vuestros hijos, ofreciendo de este modo un regalado fruto á la sociedad.

Enseñar á vuestras hijas la sublime misión que tienen que desempeñar en el mundo, como hijas primero, después como esposas, y más tarde como madres; inocular en sus corazones el desprecio de los adornos y de la falaz hermosura, el amor á lo bello, la amabilidad y dulzura de carácter que tantas simpatías y afectos debe captarlas; dirigir á vuestros hijos para que, con el tiempo, sean el ornato de la familia y de la sociedad, inculcándoles el amor al trabajo y al estudio, para que abracen una carrera ú oficio honrosos con que mantener sus obligaciones, y hacer frente á la adversidad y á la miseria, adquiriendo por medio de una educación sólida y religiosa, el afecto y consideración de todos, y por sus conocimientos la superioridad que da la ciencia: hé aquí la sublime y santa misión que debe llenar la madre para que crezca y se desarrolle tan delicada semilla en el campo de la vida.

Débil es mi voz para que resuene como yo quisiera en vuestros oídos; escaso mi talento, pocas mis fuerzas; pero escudado con lo grato que debe seros el asunto de que me he ocupado en estas incorrectas líneas, estoy casi seguro de que puedo contar con vuestras simpatías.

¿ Y cómo no estarlo, si hago vibrar en vuestros corazones la cuerda más sensible? ¿ Hay algo, por ventura, más dulce para vosotras que el procurar la perfección de esos seres queridos, para los que no tenéis más que besos y sonrisas? ¿ No es esa la idealización de lo bello y de lo bueno? ¿ No es esa la expresión genuina de vuestros sentimientos?

Apelo á todas las madres, á las madres tiernas y cariñosas, como lo sois casi todas; no hablo con las que forman una triste excepción; esas no son madres, son seres desgraciados para las que no tengo más que lástima, y que afortunadamente son tan pocas, que no merecen la pena de que hablemos de ellas.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

## LA FE Y LA RAZON

### I

La reina de Suecia un día,  
Recibiendo gravemente  
Lección de filosofía,  
A Descartes le decía  
Con gravedad lo siguiente:

« Llevais, maestro, al exceso  
De mi ignorancia la fe;  
PIENSO, luego soy; no es eso;  
Pienso, luego sé que sé.”

Ya veis que empiezo á dudar,  
Como vos, para creer,  
Pero antes de comenzar,  
Decidme: ¿ es ser el pensar?  
¿ Acaso el ser es saber?

No os altereis; con paciencia  
Probaré que vuestra ciencia  
Puede resumirse así:  
Yo soy lo que es; consecuencia,  
No hay verdad en la experiencia,  
Ni dicha fuera de mí,  
Pues que saca la conciencia  
Fe, dicha y verdad de sí.

¿ Mi deducción no es probada?  
Sin duda, pues la acomodo



A vuestra tesis sentada:

*Yo soy solo el ser;* de modo  
Que si es mi conciencia todo,  
Todo lo demás es nada.

¡Oh maldito escepticismo!..  
¿No estáis viendo, hombre inhumano,  
Que con atroz ateísmo  
Lanza vuestra impía mano  
A Dios y al mundo á un abismo,  
Siendo el pensamiento humano  
De sus juicios soberano,  
Y único juez de sí mismo?

¡Horrible es la ciencia, sí,  
Que hasta de la fe el consuelo  
Mata, pues juzgando así,  
Si existe Dios en el cielo,  
Solo es porque existe en mí!

¡Maestro! vuestra opinión  
Que es ilusión, confesad,  
Y si no es una ilusión,  
Mi mente es la autoridad;  
La dicha es mi corazón;  
Soy lo que *es*, y en conclusión,  
Mi verdad es la verdad,  
Mi razón es la razón.»

## II

Descartes, despues de oír  
A su alumna en aquel día,  
De tristeza que tenía,  
Se puso el pobre á morir,  
Y así muriendo decía:

«¡Ay! ¿Qué puedo conocer,  
Gran Dios, si ignoro yo mismo  
Si es igual pensar y ser?  
¿Cómo salvaré el abismo  
Que hay entre el ser y el saber?  
¿Donde estás, razón que adoro?  
¡Valedme, adorada fe!  
¿Cual es la verdad que exploro?  
Ya sé que *soy*; bien, ¿y qué?  
¡Nada! Excepto el *sé que sé*,  
Todo lo demás lo ignoro.

¡Noble razón! ¡Santa fé!..  
¿Eternamente estaré  
Entre una y otra en suspenso?  
No hay duda: pienso que pienso,  
Mas lo que pienso no sé.

¿Será verdad que mi ciencia  
Va del ateísmo en pos,  
Y que sin fe ni experiencia,  
No existe mas ley de Dios  
Que la ley de la conciencia?

¡Grande es mi error, pese á tal!  
*Soy porque pienso;* ¿y después?  
Después ya no hay bien ni mal,  
Pues cada hombre entonces es  
Centro del mundo moral.

¿Y cómo ha de hallar el alma  
En este mundo quietud,  
Sin virtud que dé la calma,  
Sin fe que dé la virtud?

Sacadme, Dios de bondad  
De esta eterna confusión.  
¿Mi verdad es la verdad?  
¿Mi razón es la razón?»

## III

Quando Descartes murió,  
Cristina, del *sé que sé*.  
Las consecuencias sacó,  
Y á Monaldeschi mató;

Dió á su trono un puntapié;  
Su religión abjuró;  
Y al fin refugio buscó  
En la católica fé.

Tal fué su historia. De suerte  
Que, de cuanto hay aburrida,  
Yendo hacia la eterna vida,  
Que no muere con la muerte,  
El célebre *sé que sé*  
Dió al olvido, y de este modo  
Halló la ciencia en la fe,  
Ultima verdad de todo.

Y próxima ya á llegar  
A aquel último momento  
En que engañar el pesar  
Es nuestro solo contento,  
Decía con humildad  
Pidiendo al cielo perdón:

«Recibe, Dios de bondad,  
Mi postrera confesión;  
Es la fe mi autoridad,  
Es el mal mi corazón;  
¡No es mi verdad la verdad!  
¡No es mi razón la razón!»

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

## EPISODIOS BÍBLICOS

## III



El día siguiente, á la hora de recreo,  
reanudó D. Anselmo sus lecciones,  
con tanto más gusto, cuanto que sus  
educandos manifestaban suma impaciencia por  
inquirir el resultado de la entrevista de los cau-  
dillos de Israel con Faraón.

— ¿Y los dejó salir al desierto?

— ¿Qué fué de Egipto?

— ¿Qué fué de Faraón?

Preguntaban los niños, con marcada com-  
placencia.

— Siga usted, siga usted, padre Anselmo;  
continuó el más pequeño: parece que estoy  
viendo saltar las ranas.

— Y yo me figuro cuál sería el semblante  
del rey, consternado por el miedo.

— ¿Y la gloria de Moisés, obrando tales pro-  
digios?

— ¡Y la *algarabía* de los vencidos!

— Tiene usted razón, padre Anselmo; si no  
hubiera sido soberbio, no hubieran llovido las  
plagas ni...

— Escuchad — repuso el buen sacerdote para  
contener el aluvión de preguntas y exclamacio-  
nes. — Cuando salían de la regia estancia los  
dos israelitas, el rey imploraba, de veras, la  
clemencia del cielo: su corazón se doblaba ante  
el horripilante cuadro que presentaba el reino  
de sus mayores: casi le hirió un rayo de luz;  
pero cuando volvió de su desmayo, se esclare-  
ció la atmósfera, el agua se hizo potable, pasó  
el tumulto que estalló entre los suyos á la vista  
del castigo y se acordó que era rey, exclamó:

— No me fascináis, no, impostores; no se  
doma fácilmente la cerviz del que preside los  
destinos de un gran pueblo.

Y ciego y temerario, comenzó á alentar á  
sus súbditos con alocuciones guerreras.

«Queridos hijos de Egipto — les decía — no  
os abandonaré: vuestra propiedad y vuestra  
riqueza se mantendrán incólumes, mientras

vuestro rey aliente: no habrá de acusarme la  
posteridad de débil y pusilánime: no desma-  
yéis. Muerte vil para el traidor que proteja la  
fuga de vuestros esclavos, y vuestros frutos no  
amenguarán.

»Pues qué, ¿va á hacer el miedo en vuestros  
espíritus lo que los siglos no pudieron? Mos-  
tráos dignos hijos de las generaciones que pasa-  
ron: escrito está que habéis de ser señores de  
ese pueblo envilecido, que hoy, con mentidos  
engaños, pide su libertad.

»No os alucinéis, egipcios, mientras vuestro  
rey exista y pueda presentar en batalla ro-  
bustas falanges de bravos y esclarecidos cam-  
peones.»

Pero entretanto, se aprestaban los israelitas  
para la marcha, y el pueblo lamentaba su  
ruina.

¡Qué momentos!...

El mago Hamset, vuelto á la vida por obra  
de Dios, se presentó á Faraón completamente  
contrito, y lleno de valentía, le dijo, hacién-  
dose intérprete de los deseos de los egipcios:

— ¿Hasta cuándo, señor, sufriremos este es-  
cándalo? Dejad ir á esos hombres para que  
santifiquen á su Dios. ¿No véis que perece  
Egipto? Abrid los ojos á la clara luz de tan  
patentes milagros.

— ¿Pretendes que la magia es milagrosa y  
quieres que te divinice? Una ambición desme-  
dida ciega tu razón, y sospecho que estos  
acontecimientos, si no preparados, están, al  
menos, protegidos por tí.

El mago Hamset clavó sobre el rey una pe-  
netrante mirada y añadió:

— Ayer me vendíais la más sincera y cor-  
dial amistad; hoy desconfiáis de mí: ayer, en  
los trances de apuro, solicitábais cortésmente  
mi apoyo y mi consejo; hoy me insultáis; poco  
magnánima y generosa es vuestra conducta.

— Pues qué... ¿crees que aún tengo puesta  
la venda?

— Creo que padecéis una enajenación men-  
tal — repuso el mago con la mayor entereza.

— ¿Pues qué se pretende?

— Que salvéis á Egipto.

— ¿Quién le cautiva?

— Dios.

— Restablece los ídolos.

— ¿Lo véis? estáis, loco, Faraón — dijo el  
mago con ademán despreciativo.

— ¡Apóstata!... exclamó Faraón, gol-  
peando fuertemente el pavimento.

Hamset le miró como compadecido de su  
obstinación, y después de describir con sus ver-  
daderos colores la situación del reino; de com-  
parar los falsos prodigios de la nigromancia  
con la verdad revelada; de darle cuenta de la  
muerte de los primogénitos, incluso su hijo  
Ruán, por lo que el coloso resultaba herido por  
el dedo de Dios en el corazón y abatidos el or-  
gullo y vanidad mundanas, insistió:

— Dejad ir á esos hombres para que santi-  
fiquen á su Dios en el desierto.

— Nunca — contestó Faraón con repug-  
nante terquedad. Los reyes no se empeque-  
ñecen tan pronto ni por tan poco.

— ¡Ah! pues si tardais en consentir, acaso  
se renueven y doblen las calamidades que afli-  
gen á Egipto.



Y se dispuso á abandonar la real estancia. Faraón vaciló un instante y preguntó: — ¿Dan garantías que justifiquen su regreso? Si las dan, que salgan, sólo los hombres: las mujeres y los niños queden en rehenes.

— ¿Y si están en no volver, para qué usos queréis á niños y mujeres?

Un ruido estridente de clarines se dejó sentir, que cortó el diálogo del rey y el mago Hamset.

Por la puerta de la galería penetró un magante para significar que los israelitas se ponían en movimiento, para evacuar el territorio.

Faraón recorrió su alcázar poseído de la más espantable cólera; el mago convertido desapareció súbitamente, sin encontrar obstáculos á su paso; el pueblo egipcio gritaba lamentando de un lado la pérdida de sus hijos y de sus cosechas, y de otro la marcha de los brazos auxiliares de los israelitas: el tumulto crecía, el rey se desesperaba, y mientras el juto y el quebranto exasperaba á los unos, los otros iban formando compactas masas en las avenidas para proteger la marcha de sus familias y salvar los más precisos intereses.

Faraón convocó en su palacio á los notables y se acordó impedir la fuga á todo trance.

El mago Hamset fué declarado traidor, y su cabeza pregonada mientras se armaban las legiones.

Los israelitas evacuaron, al fin, la ciudad, perfecta y dócilmente subordinados á Moisés, y avanzando, avanzando, de la manera que era posible hacerlo para recoger al paso las familias diseminadas por las comarcas de Gessen, y proveer al numeroso pueblo de los recursos indispensables para la expedición, acamparon tranquilamente en una hermosa playa del mar Rojo.

Los escuadrones de Faraón, que era la vanguardia encargada de entretener y embarazar los movimientos de los expedicionarios, hasta que les diera alcance el grueso de las fuerzas, casi formaba línea de continuidad con la retaguardia israelita, hasta el punto de confundirse en varias ocasiones los sonidos de las trompas y clarines.

Pero á pesar de eso y de la insuperable muralla que oponían las bravías olas, el pueblo de Dios no perdió la serenidad ni la fe.

Las distancias se fueron estrechando cada vez más.

El pueblo se disponía á resistir, y encerrando en el centro á los niños y mujeres, los bagajes y caudales, desplegaron sus alas con los jefes á la cabeza.

La lucha era inexcusable y el éxito fatalísimo á juzgar por los elementos del contrario: era imposible luchar en buena lid.

Pero ¡ah! no tenían enfrente los egipcios un pueblo guerrero, sin disciplina, sino á Dios, que al dirigirles á la tierra de Canaán, prometida á sus padres, quería castigar al mismo tiempo la soberbia de los Faraones.

En tal situación, Moisés adelanta á su séquito, y tendiendo su vara sobre la turbulenta superficie de las aguas, dijo con acento grave:

— ¡Paso á los elegidos del Señor!...

Y las aguas del agitado mar se dividieron, dejando en su fondo un camino enjuto para el pueblo de Israel.

Moisés, asiendo de la mano á su hermana María, fué el primero que penetró y pasó á la orilla opuesta, después el pueblo profiriendo mil aclamaciones de entusiasmo, y por último, el venerable Aarón y el mago Hamset.

La trompeta guerrera de los egipcios hizo la señal de ataque, y envalentonado el ejército por la superioridad del número, penetró en la senda practicable, codicioso de dar alcance al enemigo.

Pero ¡ah! la venganza que jurara Faraón era temeraria: tenía que expiar su soberbia, y la expió con su ejército en el seno de las olas, que se confundieron de nuevo en su asiento natural á la imperiosa voz de Moisés, que dijo:

— La justicia de Dios caiga sobre vosotros.

VICENTE D. BORDANOVA.

## EXPLICACIÓN DEL GRABADO

### LAS CARICIAS DE UNA MADRE



El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores presenta del mejor modo posible los transportes de alegría del niño, que al ver á su madre la tiende sus manos y quiere desembarazarse de los brazos de la nodriza que le aprisionan.

— ¿Y mi hijo de mis entrañas? pregunta la madre, dirigiéndose al gracioso *bebé* y haciéndole caricias, que el pequeñuelo paga con risas angelicales, balbuceando el nombre más santo y sublime, el de madre.

— Ma... má... ma... má...

Toda la poesía que esta lámina encierra, donde el amor de la madre y del hijo se confunden en uno solo, alentado por un espíritu grande, noble, indescriptible, hecha por un hábil artista, queda sometida á la consideración de nuestros infantiles lectores, que amarán todos seguramente á sus madres, aunque nunca tanto como ellas los quieren, ni nunca tampoco bastante á recompensarlas las caricias, los desvelos, los sufrimientos que por ellos han pasado, viéndolos postrados en el lecho por dolores físicos. Quered, amiguitos míos; quered á vuestras madres mucho, que el que es buen hijo es también buen padre y buen ciudadano.

MANUEL LOPEZ CALVO.

## SANTA TERESA DE JESÚS

### SU ÚLTIMO Y PENOSO VIAJE DESDE BURGOS Á ALBA DE TORMES DONDE MURIÓ

Se entretiene al dolor con esperanzas  
Como se engaña con la miel al niño:

#### I

Empezaba la brisa, que precede  
A la aurora en los meses del estío,  
A sacudir sus alas caprichosas,  
De perlas matizadas y zafiros;  
Cuando de Burgos con tranquilo paso  
Dos mujeres salían, y el camino  
Tomaban, que conduce de Palencia  
A la antigua ciudad: velo tupido  
Ocultaba á la vista más activa,  
De entrambas los humanos atractivos.  
Visten tosco sayal de penitencia  
Y monástica vida claro indicio;  
Unas pobres sandalias, que defienden  
Sus delicados piés contra los guijos,  
De la pobreza muestran los rigores.

¿Quiénes son? ¿dónde van? cuando atrevido  
El extremo levanta de sus velos,  
Sin contar con su venia, el cefirillo;  
Se descubren dos rostros, en Castilla,  
Por sus grandiosos hechos, conocidos.  
Blanco y redondo el uno, con dos ojos  
Modestos sin exceso; pero vivos;  
Y una frente espaciosa, que aún revela  
De poeta el ingenio peregrino;  
Indica que fué hermosa en otro tiempo,  
Cuando el dolor con su tajante filo,  
(Semejante al simoun del desierto,  
Que desatado en fiero torbellino,  
Arrastra en pos de sí con furia ciega  
Del tulipán el bello colorido);  
No había grabado en él sus hondas huellas  
Ni robado envidioso sus hechizos,  
Que es el dolor un monstruo que devora  
De la humana beladad el claro brillo.

Pero á través del rastro que ha dejado  
Del implacable tiempo el rigorismo,  
Se descubre de un alma extraordinaria  
En todo su vigor el poderío:  
Que empieza la virtud, como arroyuelo,  
Que suspira con lánguido gemido,  
Y al terminar su curso brama fiero,  
Convertido en undoso y ancho río;  
Hasta que al fin, sereno, se confunde  
Del Océano en el piélago infinito.

Es el otro apacible y candoroso,  
Como de Oriente el azulado lirio,  
Y pregona doquier, que si no es bello,  
Tiene la candidez de tierno niño;  
Y un alma angelical, propia de virgen  
Consagrada á su esposo Jesucristo.

Pero escuchemos, que si no me engaño,  
De abandonar acaban su mutismo.  
— Por fin, Madre Teresa, se ha fundado  
De Búrgos el convento: el enemigo  
Ha puesto en juego sus astutas mañas,  
Trabajando tenaz, para impedirlo;  
Mas, loado sea Dios, que aunque le pese,  
De poco sus embustes le han servido.  
— Todo lo alcanza, hija, con paciencia,  
De Dios el que trabaja en su servicio.  
Si una gota de agua dura piedra  
Horada, cuando cae de continuo,  
¿Qué no conseguirán nuestras plegarias,  
Si á Dios con humildad las dirigimos?  
Nada, hija mía, me ha negado el cielo,  
Cuando con fe sincera le he pedido,  
Y si el demonio con tenaz empeño  
Se ha atravesado siempre en mi camino,  
Haciendo aparecer insuperables  
Obstáculos, forjados por él mismo,  
Se ha retirado al fin de la palestra  
A ocultar su baldón en los abismos.

Que si consiente Dios, por nuestras culpas,  
Que fiero nos persiga, al permitirlo  
Nos acorre piadoso con su gracia,  
Muy superior, mi Ana, á los peligros.  
Así nos ha pasado agora en Burgos,  
En donde el provisor, y hasta el Obispo,  
Instrumentos han sido de que el cielo,  
Para probarnos, hija, se ha servido.

Pero mi buen Jesús por quien me afano  
Hasta exhalar mi postrimer suspiro,  
Lo ha terminado al fin muy á su gusto,  
Permitiendo á la vez que se haga el mío.

Solo le pido agora, pues se acerca  
De mi destierro el término, que pio  
Me conceda llegar á mi convento  
De San José á morir. — ¡Madre! ¿qué ha dicho?  
No lo consienta nunca el cielo Santo:  
¿Qué sería de nosotras? — y un gemido  
Se escapó de su pecho candoroso,





LAS CARICIAS DE UNA MADRE.



Que el viento se llevó con raudó giro.  
En estas y otras pláticas siguieron  
Las vírgenes de Dios, sin más testigo  
Que Dios, que desde el cielo contemplaba  
Su celestial anhelo y su heroísmo,  
Y un ángel muy hermoso, que escribía  
Dos nombres de la vida en el gran libro.

## II

Era el cinco de Agosto: varios grupos  
De tostados y alegres campesinos  
Regresaban ya tarde á sus hogares,  
Donde esperaban con afán solícito,  
De algunos, las esposas cariñosas;  
De esotros, los risueños parvulillos;  
Aquellas devorando mil temores,  
Del exceso nacidos del cariño,  
Aquestos anhelando ver cumplidas  
Sus vanas ilusiones y caprichos;  
Que viven del temor los que se aman,  
Y de ilusiones cándidas los niños;  
Cuando Teresa de Jesús y Ana,  
Su compañera fiel, al manso río,  
Que riega la campiña de Palencia,  
Arribaron. El polvo del camino  
Y el inclemente sol, que igual abrasa  
Al magnate que al mísero mendigo,  
Han borrado sus nítidos colores  
Al pincel arrancados de Murillo.

Muestra su lento paso que el cansancio,  
O quizá del dolor agudo filo,  
Han agotado las escasas fuerzas  
De la Madre Teresa, en quien Dios quiso  
Reunir á la flaqueza de la carne  
De ánimo un valor casi infinito;  
Porque avanza animosa, no dudando  
Que el mismo que el dolor dará el alivio.

Traspasa el Carrión, que inclina humilde  
Su cerviz bajo el muro de granito  
De un puente, que soberbio le aprisiona,  
Despreciando sus vanos desafíos;  
Y penetra en misérrima morada  
Donde hallará su ánimo abatido,  
Si no el dulce reposo que conforta,  
La soledad hermosa, que al abrigo  
De profanas miradas, deja al alma  
Engolfarse de Dios en el abismo.

El ángel de los sueños misteriosos,  
Que á los justos descubre su destino,  
Hermoso como brisa juguetona,  
Y puro como gota de rocío,  
Descendió de su trono de topacios  
De una posada al aposento mísero,  
Donde la santa vírgen exhalaba  
A impulso de su amor tiernos suspiros;  
Como dulce paloma, cuando llama  
A su fiel compañera desde el nido,  
Transportada en divino arrobamiento,  
Que éxtasis llaman los autores místicos.

El ángel del Señor con voz divina  
De esta manera habló: — Jesús benigno  
Ha escuchado, Teresa, tus plegarias  
De tu vida aceptando el sacrificio.  
El fin de tu destierro se aproxima,  
Y el premio gozarás, que han merecido  
Tu continuo sufrir y tus afanes;  
Mas antes de romper los duros grillos,  
Que retienen tu alma aprisionada  
Del cuerpo en los bastardos apetitos;  
Serás purificada como el oro,  
Sufriendo desengaños nunca vistos.  
Dijo: y batió sus alas purpurinas,  
Y voló á las mansiones del Olimpo,  
A Teresa dejando sumergida  
En el mar de celeste paroxismo.  
Cuando volvió del éxtasis profundo

En que estuvo su espíritu sumido,  
Vió á su lado una flor casi marchita,  
Y al lado de la flor extraño libro,  
Que recogió veloz, mirando atenta  
Y con marcado afán el sobrescrito.

Que libro fuese aquel, nadie lo sabe;  
Porque á nadie jamás quiso decirlo:  
Quizá en él la dejase de su muerte  
Consignada la fecha el parainfo.

Redobló desde entonces sus afanes,  
Abstinencias, vigiliás y cilicios,  
Como sabio viajero, que se apresta  
A emprender un viaje penosísimo.  
Dirigió á sus prioras bellas cartas,  
Que hoy admiran los doctos confundidos,  
Aconsejando en unas cariñosas,  
Y en otras corrigiendo ciertos vicios,  
De ninguna entidad en apariencia  
Y en realidad de síntomas mortíferos:  
Que hay brisas en la mar, que al pasajero  
Producen un encanto beatífico,  
Y arrastran tras de sí fiera tormenta,  
Que anonada al intrépido marino.  
Nunca instiga á las almas religiosas  
Satanás, siempre hábil en sus tiros  
A quebrantar las reglas esenciales,  
O á prescindir de santos compromisos:  
Empieza su campaña por errores,  
Que en el límite tocan de lo lícito.  
Teresa, que lo sabe, acude diestra  
A cortar el incendio en su principio;  
Pues son las faltas leves vivas chispas,  
Que amenazan del alma el edificio,  
Y si no las apaga la observancia,  
Terminan en volcán fiero y bravío.

(Concluirá)

ANDRÉS CASADO.

## CARTAS Á UNA NIÑA

## EL LUJO



Querida hermana mía: Una de las consecuencias que derivan inmediatamente de la vanidad, es el deseo del lujo y de la ostentación. Efecto indeclinable del fuego que consume el pecho de las niñas orgullosas y engreídas, la idea del lujo toma asiento en su corazón tan luego como reconocen que pueden eclipsar el brillo de sus compañeras engalanándose con los más ricos adornos, vistiendo los más costosos trajes, siendo, en fin, la última manifestación de la moda elegante... ó ridícula; que de todo tiene esta deidad caprichosa, dueña absoluta de millares de almas que se mueven á impulsos de un mismo sentimiento.

Y aunque no sea mi ánimo ocuparme en describir, por ahora, los efectos del lujo considerado bajo un punto de vista exclusivamente económico, te expondré sin embargo los encontrados pareceres que reinan en el campo de la Economía social cuando se trata de apreciar las consecuencias que nacen de un hecho, tan antiguo como el mundo, pero que reviste un carácter especial en el momento histórico que atravesamos.

Unos propenden á su abolición inmediata, porque representa — dicen — un gasto superfluo que ninguna utilidad trae á la vida ni sirve para satisfacer necesidades reales y efectivas: otros hay que, opinando del mismo modo, añaden que el lujo es un exceso de gastos personales que puede ocasionar la ruina de

una familia, á poco que ésta se extralimite, y no redunde en beneficio de ninguna clase determinada: quién se contenta con indicar vagamente que es el uso de las cosas caras: quién lo considera como un consumo improductivo, ó como el afán de destruir, sin compensación, una parte de la riqueza nacional ó individual.

Hay, sin embargo, ardientes partidarios del lujo, aun en el terreno de la teoría económica, por juzgarlo altamente beneficioso para ciertas clases, pues consumiéndose — exclaman — gran cantidad de objetos de ostentación y de puro adorno, aumenta su demanda y salen favorecidos la industria y el comercio que pueden desarrollarse en este sentido. Es necesario, pues, que los poderosos de la tierra, los opulentos magnates que gozan y disfrutan de pingües patrimonios, consuman una cantidad considerable de sus rentas ó beneficios en objetos de gran lujo que, á la vez que para prestar mayor realce á su personalidad, sirvan, merced al continuo uso que de ellos se haga, para que el comercio realice fabulosas ventas, adquiera más actividad la industria con la obtención de nuevos productos, se acelere el movimiento de las fábricas y puedan, sobre todo, los operarios contar con un jornal digno, capaz de cubrir las atenciones de su dilatada familia después de una semana de durísimo trabajo en el que ha quedado impreso el sello de su inteligencia y de su esfuerzo.

Pero los que así piensan olvidan que es de todo punto indiferente para la Economía Política el que los poderosos de la tierra empleen lo que les sobra de sus rentas en adquirirse objetos de inmenso valor, aunque inútiles, ó en atender á lo que exige el cúmulo de veleidosos caprichos que suelen rodear la existencia de esos señores hasta el punto de constituirlos en verdaderos esclavos suyos ó convertirlos en instrumento de las más livianas pasiones. Esos gastos excesivos que sirven, á lo más, para fomentar necesidades ficticias, podían dar el mismo resultado si se aplicasen al consumo de artículos tan indispensables, como que sin ellos es imposible satisfacer las primeras y más urgentes necesidades de la vida. ¡Cuánto ganaría la humanidad si estos productos se pusiesen al alcance de todos!

La ciencia Económico-política por tanto no puede apadrinar una institución que ninguna utilidad lleva á su seno, y los modernos partidarios del lujo se hacen solidarios de un gran crimen — moralmente se entiende — al pretender justificar lo que es, ha sido y seguirá siendo, una llaga social que corroe las entrañas de numerosas familias, cuando no las arruina por completo, llevándose consigo la honra, el bienestar y la tranquilidad del hogar doméstico. ¡Que á tales extremos conduce el desorden que se apodera de las almas débiles influidas por una pasión que las ciega y hace estériles los más puros afectos.

La historia, por otra parte, nos testifica con la elocuencia de los siglos, que el lujo entra por mucho en el decaimiento de los pueblos, aunque otra cosa afirmen los que sostienen que la marcha de la humanidad obedece á leyes fatales que se han de cumplir necesari-



riamente, y que están relacionadas con fines predeterminados por la Divina Providencia. Yo entiendo que las fatalidades históricas son un delirio de cierta escuela filosófica, y que las leyes que marcan los trastornos sociales, las revoluciones sangrientas y las fratricidas luchas civiles son las mismas que inician las grandes crisis de la conciencia individual. En la humanidad, lo mismo que en el individuo, se ha de cumplir necesariamente la eterna ley moral, y sólo cuando no se obedecen sus claros preceptos es cuando ocurren en el mundo las terribles catástrofes que registra la historia como justo castigo á ambiciones bastardas y egoistas ó como expiación de crímenes horrendos. El que otra cosa ve en los acontecimientos históricos rebaja la idea de Dios y llega, por un procedimiento lógico, á suponerle capaz de consentir el mal porque lo quiere, porque es el asesino de su propia obra. ¿Puede darse mayor absurdo, mayor impiedad?

Pues bien, hija mía; esto sentado, yo no tengo inconveniente en declarar á tu oído que el lujo fué causa secundaria, sí, — pero causa al cabo — de la destrucción del Imperio persa, del aniquilamiento de la República griega y de la total ruina del pueblo romano. Cada cual es libre de pensar como quiera y lo que quiera: yo escribo lo que siento y respeto las opiniones ajenas... después de censurarlas, para que no se traduzca por asentimiento sino la consideración que me merecen los juicios de los demás.

Pero viniendo ya á concretar, por decirlo así, los efectos del lujo, yo creo que bajo cualquier concepto que se le examine, á más de la inmoralidad que en sí encierra, vemos que las circunstancias que rodean á este fenómeno social y las consecuencias que de él se desprenden son bastantes á engendrar en el ánimo de toda persona sensata una aversión profunda hacia un vicio que como otros muchos que con él se relacionan supone, juntamente con la relajación de costumbres, el desequilibrio de nuestras facultades intelectuales que siempre deben marchar de acuerdo é introduce la asfixia en la vida del espíritu, el cual, bajo la inmediata inspiración de la conciencia, que es su severo juez, protesta enérgicamente contra toda manifestación que tienda á convertirse en signo exterior del engreimiento y de la soberbia. Porque el lujo, querida mía, no es otra cosa que la máscara con que suelen cubrir su rostro el dios *Orgullo* y la diosa *Vanidad* (como si así no los conociesen más pronto) para continuar su carrera de locuras y extravíos cogidos del brazo, y presidir esas magníficas exposiciones de mujeres hermosas que semejan ricas estatuas cuajadas de oro y pedrería, allí colocadas para despertar el apetito del ambicioso mercader.

El lujo está representado por aquellos gastos que responden exclusivamente á satisfacer en nosotros el deseo de la ostentación. Próximo á la prodigalidad, el despilfarro y la disipación, él solo es la causa de que una inmensa pléyade de *Majestades* caídas en el abismo que ellas mismas se han abierto á sus piés, retroceda espantada ante los horrores del presente y llena de desesperación vuelva la vista hacia un

pasado feliz, preñado de recuerdos que asesinan; porque el remordimiento es el cruel verdugo de las conciencias impuras y egoistas. Y entre tanto, hermana mía, ¡cuánto infeliz obrero no habrá encontrado trabajo con que proporcionar un pedazo de pan á sus hambrientos hijos! ¡Cuánta madre desgraciada habrá desesperadamente luchado entre la miseria que amenaza concluir con los tiernos pedazos de su corazón y la deshonra que tal vez pueda salvarlos! ¡Cuántos niños, sin padre, habrán muerto de frío en las rigurosas noches del helado invierno, á las puertas, tal vez, del palacio que les negó su amparo! ¡Cuánto abandono, cuánta iniquidad sobre la tierra!

Pero el deseo de la ostentación y la manía de presentarnos lujosamente ataviados casi encuentran su fundamento en las tendencias hoy predominantes en nuestra sociedad. Un sujeto cualquiera, por muy digno que sea, por muchas y honrosas cualidades que le distingan, no conseguirá ser atendido de nadie si se resigna á ir humildemente vestido: hoy el traje lo hace todo; hasta puede convertir á un malvado en persona honrada y respetable si el esplendor del oro encubre el fondo cenagoso de su espíritu. La probidad, el pundonor, la delicadeza y tantas otras virtudes como atesora la pobre alma humana son cosas demasiado hondas para ser vistas por una sociedad miope, que sólo acierta á distinguir claramente los objetos por su aspecto exterior; el hombre trabajador y de talento, pero modesto y falto de recursos, ó apela á medios vergonzosos é indignos, ó se eleva sobre los demás merced á un titánico esfuerzo de su soberana inteligencia. La sociedad no le prestará apoyo; acaso se haya honrado con la amistad de alguna opulenta familia que á la postre no ha hecho otra cosa que ponderar sus excelentes cualidades, sus relevantes prendas, su talento profundo... para abandonarle en el momento más crítico, obligándole así á reconocer el infinito espacio que media entre él y los que hipócritamente le ensalzaban. Hé aquí cómo retrata esta faz de la vida el docto poeta alemán Enrique Heine, natural de Dusseldorf (Prusia) cuando hablando de sí mismo dice:

« Diéronme aviso y consejo,  
» Y me colmaron de honores;  
» Dijeron que si esperase,  
» Serían mis protectores.»

« Y á pesar de sus promesas,  
» Me quedara en esqueleto,  
» A no ser por un valiente  
» Que me sacó del apríeto.»

« Dióme pan aquel buen hombre,  
» Lo alabaré eternamente.  
» Siento no poder besarle;  
» Soy yo mismo ese valiente.»

(Trad. de J. Clark.)

Por lo demás, el lujo ejerce siempre pernicioso influencia en el hogar doméstico; muchos ejemplos podría citarte en corroboración de este aserto, pero me limito á señalar uno solo que no te es desconocido por completo. Ya recordarás que aquellos señores que vivían en frente de nuestra casa por el año 187... tenían consigo una hermosa niña, que más que criatura humana parecía bello ángel del cielo...

Pues bien; Enriqueta (que tal era el nombre de la niña) había recibido de sus padres una esmerada educación, aunque éstos, inspirados en el falso concepto que en la vida real se tiene hoy de las palabras «educación é instrucción de la niñez» dejaron que se desarrollase en su hija el deseo del lujo y otras aspiraciones, transigiendo con las costumbres de la moderna sociedad. En vez de una mujer que hubiese cultivado su espíritu para adquirir la plena conciencia de sus deberes, hicieron de ella una señorita de salón, una mujer de sociedad... tal vez soñaban con ceñir á su frente la aureola que rodea las sienes de las que se titulan *damas del gran mundo*. A poco mueren los padres de Enriqueta, dejando á su hija en la más triste orfandad; porque embebidos en el inmenso amor que la profesaron durante su vida no perdonaron medio de realzar su extraordinaria belleza y se olvidaron de reunirla un capital con que atender, en un caso imprevisto, á las exigencias que forzosamente había de reclamar el círculo social en que se había educado. Así es que Enriqueta, sólo en el mundo, sin más consuelo que el recuerdo de sus pasadas glorias, ni más compañía que su propio corazón encendido en locos deseos, en febriles agitaciones... ha tenido que sucumbir ante la violencia del volcán que se formó en su pecho.

Hoy aquella niña de ojos grandes y serenos, en los que se transparentaba la viva imagen del amor casto y purísimo, aquel corazón hidalgo y generoso yace escarnecido y vilipendiado, siendo miserable sepulcro de su honra. ¡Pobre Enriqueta!

Y ya que en este siglo de grosero positivismo todo se metaliza y vende, procura sustraerte cuanto puedas á la perniciosa influencia del oro, por si este nuevo rey del mundo huye algún día espantado de tu modesto hogar. Sea la virtud el astro que guíe constantemente tus pasos; que mientras la humanidad camina ciega y desenfrenada por la senda que conduce á la meta de la locura y del escándalo... tu madre te colmará de bendiciones desde el cielo que ganó su acrisolada honradez aquí en la tierra.

Adios; te recomienda quietud de espíritu y tranquilidad de conciencia tu

ANGEL.  
por la copia,  
A. CARRASCO Y ÁLVAREZ.

## AL RUISEÑOR

ODA

Encanto de la selva nemorosa,  
¡oh ruiñeñor amante!  
que amenizas la soledad umbrosa  
con los arpegios de tu voz sonante;  
á do quiera que yo las plantas lleve  
me seduce la dulce maravilla  
de tu sonoro canto;  
así en la verde orilla  
del arroyo que sus cristales mueve,  
entre motas de mirto y amaranto;  
como en la hojosa y desigual floresta,  
do se mezcla el abeto con el tilo  
brindando con su asilo  
y fresca sombra en regalada siesta.  
En cualquier hora el aura peregrina  
lleva á los valles el caudal divino



de melodía tierna  
que tú le entregas con tu blando trino,  
cuando sale la aurora purpurina,  
cuando cae la tarde  
y el Occidente en mil reflejos arde,  
y en la noche estrellada,  
de claridad y sombras adornada,  
cuando el hombre cuidadoso se asosiega  
y al grato olvido del dormir se entrega.  
Buscando el alma la fruición mas pura,  
voy del valle á las plácidas mansiones,  
siempre cubiertas de inmortal frescura,  
y aspiro en calma el céfiro sereno,  
y en el placer de oírte me enajeno:  
transportado en encanto delicioso  
mi ánimo se exalta hasta otra esfera,  
y entonces ¡ah! creyera  
que eres bien portentoso  
que hace sentir al hombre en este suelo  
dichas que se parecen  
á la felicidad que hay en el cielo.  
—¿Eres tú aquella ave milagrosa,  
que hora tras hora, siglos cien cantaste,  
y á una alma religiosa  
que anheló de los reinos celestiales  
entrever, acá abajo, los umbrales,  
y á quien Dios complació en su ansia pía,  
de celeste ventura le inundaste  
en el retiro de una selva herbosa  
con tu voz melodiosa,  
y en su pecho vertiste una alegría  
y un deleite insondables y divinos,  
tales, que todo malestar dejando,  
en vida de delicias fué entrando,  
y pasó tanto tiempo  
de sí mismo olvidado,  
que al salir de tal éxtasis glorioso,  
todo en la selva al rededor cambiara,

y en la ciudad también todo mudara,  
yerbas, árboles, fuentes,  
las casas, los palacios y las gentes.  
Canta y sigue cantando,  
ave de manso vuelo,  
sin fin ni intermisión en tus querellas  
ó tiernas melodías,  
las almas regalando  
de cuantos hizo el cielo  
sensibles al encanto que hay en ellas.

MANUEL GÓNZÁLEZ ÁLVAREZ.

## COMBATE Y VICTORIA

De niño tuve un sueño,  
Y áun de él me acuerdo tanto  
Como del puro y santo  
Cariño maternal.  
Gentil doncella airosa  
Cubierta de azul veste,  
Bajó de la celeste  
A la región mortal,  
Y en el flotante lirio  
Que el aire leve agita  
En letras de oro escrita  
Vi esta leyenda yo:  
*« Quien guarda fe constante  
Es rico en la indigencia;  
No hay dicha sin creencia,  
Ni gloria sin honor. »*  
El hambre muchos días  
Llegóse hasta mi lecho  
A destrozarme el pecho  
Y aniquilar mi fé.  
Ahogábame en sus brazos

1 Tradición popular.

Febril y tenazmente,  
Como voraz serpiente,  
Luchando por vencer.  
Mi aliento desmayaba,  
Iba á ceder sin gloria,  
Mas dijo á mi memoria  
La celestial visión:  
*« Quien guarda fe constante... etc. »*  
Taimada la fortuna  
Me brinda fausto y brillo,  
Por el laurel sencillo  
Que ofrece la virtud.  
Deja, — me dice — al pueblo,  
Que solo á sus cantores  
Dar puede humildes flores  
Cual las de tu laud.  
Ven á cantar conmigo;  
Ven, ven á los palacios;  
Mas siempre en los espacios  
Oigo á celeste voz:  
*« Quien guarda fe constante... etc. »*  
Enfermo y olvidado,  
Pero en constancia fuerte,  
El paso de la muerte  
También un día oí.  
— Reniega (sonriendo  
Gritaba la traidora)  
Y de tu bien la aurora  
Verás nacer al fin. —  
Al cielo alcé los ojos,  
Como el que al cielo clama,  
El aire en luz se inflama  
Y oyóse en dulce son:  
*« Quien guarda fe constante  
Es rico en la indigencia;  
No hay dicha sin creencia,  
Ni gloria sin honor. »*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

## ICONOLOGÍA CRISTIANA Y UNIVERSAL

POR

D. BASILIO SEBASTIÁN CASTELLANO

(Continuación.)

Acerca de la muerte que dió el envidioso Caín á su hermano Abel, se le pinta á aquél, dándole con una quijada de asno. Se lee en el libro de Judit, versículo 15: *y hallando á mano una quijada de asno, tomola é hirió con ella á mil hombres*, y de aquí sin duda se habrá tomado el pintar con este arma á Caín y no con una piedra ó palo, como lo han hecho algunos pintores.

## DEL ARCA DE NOÉ

Ateniéndose los artistas al Sagrado Texto, deben representar el Arca, rematando en punta y no enteramente llana como han solido pintarla, puesto que en el Génesis 6-16, se dice: *Harás que su punta remate en la altura de un codo*; lo que indica que de la expresada altura tenía una cubierta ó techo puntiagudo, ó triángulo, conforme se ve en la expresada obra de Mr. Cochin.

## ABRAHAM É ISAAC

En el Génesis 26-6, al hablar del sacrificio de Abraham, se lee: *Tomó también la leña del*

*holocausto, y la puso sobre Isaac, su hijo, y él mismo (Abraham) traía en sus manos el fuego y la espada*; por este texto se colige que debe representarse á Isaac ya mozo y no niño como lo hacen algunos, puesto que él mismo llevó sobre sus espaldas una carga de leña, como para cargar un jumento, en lo que se prueba su resignación y su obediencia para con Dios y para con su padre, símbolo y figura de Jesús, cuando como víctima llevó sobre sus propios hombros el madero de la Cruz en que fué crucificado.

## EFRAÍN Y MANASÉS

También han de representarse mozos y robustos como de 25 á 26 años estos dos hermosos hijos de José y nietos de Jacob y no niños, cuando el padre los presenta al abuelo moribundo, el cual les echa su bendición, por lo que en nuestro concepto debe ponérseles arrodillados en este acto.

Es error gravísimo el representar á los soldados de Abraham con elefantes cargados con castillos y máquinas de guerra.

## DE LAS IMÁGENES DEL PENTATEUCO

## MOISÉS

Se lee en el Exodo 3-2: *Veía (Moisés) que estaba ardiendo la zarza y no se consumía*; y á este texto deben atenderse los artistas cuando pintan esta visión, y no poner un árbol en-

cumbrado con mucho resplandor. Como en el mismo versículo se dice *que el Señor se apareció á Moisés en la llama del fuego en medio de la zarza*, puede significarlo el artista pintando en medio de la zarza ardiendo una figura hermosísima, con que se signifique que el mismo Dios ó un angel resplandeciente se apareció visiblemente á Moisés. Pintan los artistas de tal modo los rayos de luz que despide el rostro y cabeza de Moisés, que parecen cuernos, lo que es un absurdo, pues han de figurarse rayos de luz bien claros, según enseña el obispo Lipomano; pero deben hacérselos salir de la cabeza y á los lados, á fin de que no se pierda el tipo admitido y se desconozca.

## TIERRA DE PROMISIÓN

Los pintores han simbolizado á esta tierra por medio de un racimo de uvas en una percha, atendiendo á que en el libro de los números 13-14 se dice: *E yendo hasta el arroyo de Escol, cortaron un sarmiento con su racimo, que llevaron dos en una percha*. Este paso indica que el racimo fué tan grande, que no pudo llevarle un hombre solo, y por lo tanto yerran los que le figuran chico, sin sarmiento llevado por un solo hombre, sin estar colgado de una percha.

(Se continuará.)

TIPOGRAFÍA GUTENBERG  
á cargo de Manuel Salamanqués  
Villalar, 5.